

REVISTA DE VALPARAISO.

PERIÓDICO QUINCENAL

LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS.

DIRECTORA: — ROSARIO ORREGO DE URIBE.

NÚMERO 1.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

VALPARAISO.
IMPRESA DEL MERCURIO
DE TORNERO Y LETELIER.

—
1873.

AAF 3227

AMOR DESPUES DE LA MUERTE.

(TRADUCCION DE LA SEÑORITA REJINA URIBE.)

I.

Cualquiera creará al leer la relacion siguiente, que es una invencion de la fantasía del novelista o del poeta. Empero, nada es mas cierto. Los hombres espertos en las ciencias físicas podrán talvez explicar como efectos de causas naturales los prodijios que voi a narrar; yo mismo podria explicármelos hasta cierto punto, y aun he ensayado con algun éxito algunas pruebas delante de varios amigos; pero a decir verdad, prefiero creer que los produjeron causas sobrenaturales; prefiero, y no me avergüenzo de decirlo, una supersticion piadosa y consoladora, capaz un dia de hacernos soportar con valor los mas terribles infortunios, a la verdad científica, que en cambio de un pequeño adelanto del entendimiento, nos quita tantas adoradas ilusiones del corazon.

Hace algunos años que llegaron a Milan dos jóvenes esposos, al parecer extranjeros. Mui poco despues de su llegada a la capital del reino Lombardo-Véneto, se dedicaron, el marido a hacer retratos, y la mujer a dar lecciones de música, o por mejor decir, ambos se consagraron a la enseñanza y ejercicio de sus respectivas artes, en las cuales eran igualmente aventajados. En breve tuvieron una numerosa clientela, y como eran mui activo y se hacian pagar bien sus trabajos, no tardaron en disfrutar de una más que decente mediania.

El marido, a quien llamaremos Carlos, estaba cada dia mas enamorado de su Julia: este era el nombre de la jóven esposa. Veíaseles siempre juntos en las horas que dedicaban a gratos paseos o apacibles distracciones, y las noches que no iban a alguno de los teatros o a cualquiera otra diversion, empleaban la velada tocando a duo, ella la arpa y él la flauta, favoritos instrumentos suyos, en cuyo ejercicio habian llegado a cierta altura.

No pasó mucho tiempo sin que Carlos pudiese disponer de una

suma bastante crecida para comprar una linda casita a orillas del bellísimo lago de *Como*, en la cual iban a pasar casi todas las fiestas, y la temporada de campo entera.

Por largo tiempo se habian ocupado los curiosos de Milan del misterio que rodeaba a aquellos jóvenes. La nobleza de su porte, sus cortesés modales, y ese no sé qué indifinible, que sin embargo es como un sello patente que revela al traves de todos los misterios y disfraces posibles el distinguido nacimiento de las personas, inducian a los desocupados comentadores a mil conjeturas acerca de la clase y nacionalidad de los dos misteriosos artistas; pero lo cierto es que nadie supo jamas a punto fijo quiénes eran ni de dónde venian.

Hablaban con igual pureza casi todos los principales idiomas europeos, circunstancia que desesperaba a los investigadores, pues los jóvenes esposos podian pasar indistintamente por alemanes, franceses, ingleses o italianos; mas como todo en este mundo subladar túvolo tambien el cabo la impertinente curiosidad de aquellas jentes, quienes cansada de formar conjeturas sobre conjeturas, acabaron por dejar en paz a nuestros interesantes esposos.

Asi vivieron aun algunos años, creciendo a la par de su fortuna y su reputacion, el mútuo cariño que se profesaban, cariño mui racional y fundado, por otra parte, puesto que era imposible encontrar una mujer mas hermosa, honesta y anjelical que Julia, ni un caballero mas cumplido y gallardo, ni un amante mas fiel y cariñoso que Carlos; pero la fatalidad, envidiosa de aquella dicha que ya duraba demasiado atendida la inestabilidad de las cosas, humanas vino a turbarla del modo mas cruel y doloroso.

La salud de Julia comenzó a alterarse de un modo alarmante, y aunque ella luchó heroicamente por algun tiempo con el mal que minaba sordamente su vida, entregándose como de costumbre a sus diarias ocupaciones, hubo al fin de rendirse. Alarmado el tierno esposo, llamó a consulta a los mas famosos médicos de la capital, los cuales unánimemente prohibieron a la enferma entregarse a ninguna especie de trabajo, y aconsejaron a Carlos que la llevase a su casita de *Como*, en donde la tranquilidad de vida, las puras auras y la balsámica fragancia de aquellas riberas afortunadas, talvez la restablecerian, encargándose el decano de aquella docta reunion, el doctor S..., que profesaba a ambos jóvenes el cariño de un padre, de ir frecuentemente a visitar a la interesante enferma.

Cumplió Carlos religiosamente la voluntad de los médicos, trasladándose sin demora a *Como* con su adorada Julia; pero ni sus tiernos cuidados, ni la asidua asistencia del doctor S..., el cual empleó para salvar a Julia todos los recursos que pueden dar un vasto saber y una larga experiencia unidos a un grandísimo cariño, pudieron detener la despiadada tijera de la Parca. Al cabo de algunos meses de continuos padecimientos voló aquella alma pura a la mansion eterna, dejando a su desventurado esposo sumido en el mayor dolor. El excelente doctor S..., casi tan aflijido como Carlos con aquella pérdida, pues profesaba a Julia un verdadero y paternal afecto, acompañó al desolado viudo durante el primer mes de su luto; pero reclamando su presencia diaria en Milan varios de sus enfermos, tuvo que dejarle, si bien venia frecuentemente a verle, con tanta mas razon cuanto que desde ántes de la muerte de Julia habia notado en él síntomas precursores del mismo mal de que ella habia sido víctima. Obedecia Carlos maquinalmente las prescripciones del médico; oia con reconocimiento los consejos del amigo, pero ni su mal cedia, ni calmaba el pesar agudísimo que a su corazon amante laceraba.

II.

Uno, dos, y hasta tres meses pasaron sin que pudiese notarse otra novedad en su estado, que el creciente estrago que sufría su constitucion al rudo embate de los males físicos, unidos a los dolores morales. Cada día se llevaba en su paso una esperanza del sabio médico, que veia agotarse, en marcha lenta, es verdad, pero continúa, las fuentes de la vida en su jóven y desgraciado amigo.

En tal estado hallábanse las cosas, cuando, atacado el doctor por una enfermedad violenta aunque nó peligrosa, que por aquel entonces reinaba en Milan, tuvo que guardar cama diez o doce dias, que en su inquietud por Carlos le parecieron siglos. Diariamente iba un criado de su confianza a informarse de la salud de éste; llevaba encargo espreso de verle y hallarle personalmente, y con grande asombro oia el cuidadoso amigo del fiel servidor, que el jóven parecia, no solo mui mejorado, sino tranquilo y alegre.

Repúsose por fin del todo el buen doctor, y su primera visita fué para Carlos, encontrándole efectivamente tan mejorado al parecer, y con tan plácido y sereno rostro, que casi no se atrevia a dar crédito a sus ojos. Empero, observándole mas despacio, notó que aquella animacion la producía un aumento de fiebre; y ocultando

su alarma, le hizo mil preguntas con el fin de averiguar, no ya el aumento de vida cuya traidora causa conocia, sino el motivo de la satisfaccion que brillaba en las facciones del jóven enfermo. Turbóse Carlos; un vivo encarnado asomó a sus pálidas mejillas, y mas de una sospecha cruzó rápida por la mente del amigo. Viendo, empero, que sus preguntas afectaban dolorosamente al jóven, dejó de hacerlas por entonces, y se despidió hasta el siguiente:

A la salida de la casa se encontró con un criado que servia a Carlos desde su llegada a Milan; le eran conocidas la lealtad y reserva de aquel hombre, y aunque le repugnaba tomar informes misteriosos de un sirviente, el motivo que le impulsaba era demasiado poderoso para no atropellar por todo.

—Jerónimo, le dijo; tengo que hacerte algunas preguntas; pero ante todo exijo injenuidad y fianza.

—Mándeme usia.

—Ten en cuenta que lo que te voi a preguntar interesa mui de cerca nada menos que a la vida de tu amo, con que así me contestarás sin reserva alguna.

—Sí, señor.

—Dime, pues, ¿qué novedad ha ocurrido desde que yo no vengo aquí? ¿Recibe tu amo algunas visitas?

—Pero, señor...

—Ya te lo he dicho. La vida de tu amo talvez dependa de tu franqueza. ¿Viene álguien a ver a Carlos? Va él a alguna casa de las cercanías?

—Señor, si no os conociera tanto no os contestaria; pero la vida de mi amo es lo primero. El no va a ninguna parte, pero creo que álguien viene a verle.

—¿Alguien! ¿Y cómo... cuándo?

—Conoceis aquel pequeño pabellon del jardin..... adonde mi amo iba por las noches con la señora?....

—¿Y bien?

—Hace solo unos ocho dias que mi amo ha vuelto a entrar en aquella habitacion. La segunda o la tercera vez que le ví dirigirse allí, me pareció oír los suaves acentos de la flauta. Fuime acercando al pabellon hasta que estuve debajo de la ventana en donde se sentaba la señora; juzgad cuál seria mi sorpresa al oír resonar su arpa acompañando la flauta de mi señor! Apenas me atrevia a dar crédito a mis oídos, porque me parecia imposible aquella profanacion.

—Pero ¿estás seguro, Jerónimo, de haber oído el arpa?

—¡Oh! sí, señor, sí; estuve oyendo largo rato.

Era la misma tocata favorita de la señora que yo he oído tantas veces.

—Y bien, ¿viste despues salir a la persona que acompañaba a tu amo?

—Nó, señor. El amo salió solo; echó llave al pabellon y se la guardó en el bolsillo, encaminándose en seguida a su cuarto. Yo me habia ocultado entre los árboles para que no creyese que le estaba espiondo; y cuando pasó por cerca de mi escondite pude ver a la luz de la luna que iba tan trémulo y ajitado, que apenas podia sostenerse sobre sus piés, y una palidez espantosa cubria su rostro.

—¿Ha vuelto despues mui a menudo al pabellon?

—Todas las noches, señor; y aunque me pongo siempre en acecho, no he podido descubrir lo mas mínimo acerca de la persona que lo habita, pues no tengo ninguna duda de que hai allí una persona que acompaña con el arpa al señor todas las noches.

—¡Estraña cosa! murmuró el doctor; y alargando familiarmente la mano al fiel criado, añadió: mañana penetraré yo ese misterio o no volveré más aquí. ¡Adios, Jerónimo!

Al dia siguiente creia el buen criado ver llegar al doctor mas temprano que de costumbre; pero con grande asombro vió pasar una tras otra las horas del dia sin que el doctor pareciese; y ya desesperaba de su venida, puesto que el sol estaba mui próximo a ocultarse, cuando el ruido de las ruedas de un carruaje que venia por el camino de Milan le hizo salir precipitadamente a la puerta de la entrada. Era en efecto la berlina del doctor, quien apeándose apresuradamente fué al encuentro de Jerónimo.

—¿En dónde está tu amo?

—Señor, en su cuarto. No sale de él sino para ir al pabellon.

—Está bien. Dile que estoi aquí.

Y siguiendo a alguna distancia al criado, se instaló cómodamente en un sillón del salon. Pocos instantes despues vino a reunírsele Cárlos, en cuyo semblante se notaba cierta violencia, sobre todo cuando el doctor le anunció que pensaba pasar la noche en *Como*, puesto que ya era demasiado tarde para volver a Milan.

—Le compadezco a usted, doctor, exclamó Cárlos con cierta sequedad. Desde que esta casa está sin ama, todo en ella está desordenado y en confusion. Siento anunciar a usted que va a pasar una noche mui incómoda.

—En no molestando a usted, amigo mio, lo demas me importa poco. Estoy acostumbrado a todo.

—Como usted guste. ¿Se recojerá usted temprano?

—Sí por cierto, contestó el doctor, que creyó adivinar la intencion de aquella pregunta.

—Entónces voi a mandar que preparen a usted un cuarto. Supongo que usted cenará...

—Nó, amigo mio; tomo solo un vaso de agua.

Salió Cárlos, y volvió dentro de algunos minutos, habiendo hecho disponer el cuarto para el doctor. Este, queriendo dejarle en libertad, pretestó sumo cansancio, y se fué a la habitacion que le habian preparado. Al llegar allí se puso de acuerdo con Jerónimo, quien prometió avisarle el momento en que Cárlos estuviese en el pabellon.

III.

Serian las nueve y media de la noche cuando vino el buen criado a llamarlo, y siguiéndole el doctor con silenciosos pasos, llegaron hasta mui cerca del pabellon y se situaron detras de un bosquecillo de arbustos, cuyo espeso ramaje los ocultaba de la vista de Cárlos en caso de que saliera antes de que pudiesen ellos retirarse hácia la casa.

Pocos instantes hacia que se hallaban en su escondite, cuando empezó a sonar la flauta, modulando en tono lastimero un tristísimo prelude.

Fuése animando el artista por grados a medida que entraba en aquella sonata favorita de Julia, mui familiar a los oídos del doctor, y al llegar a una parte en que habia un trozo de acompañamiento obligado de arpa, oyó el doctor resonar distintamente aquel instrumento. Apenas se atrevia a dar crédito a sus oídos; parecíale imposible que Cárlos ultrajara la memoria de su esposa amando a otra mujer, y sin embargo no podia ménos de creer que habia una dentro del pabellon. Por fin acabó la sonata, y el doctor y su guia se apresuraron a volver a la casa. El buen anciano determinó hablar a Cárlos al dia siguiente y pedirle la aclaracion de aquel misterio, y se durmió pensando el modo como entablaria una conversacion tan delicada.

Al dia siguiente lo acompañó Cárlos al almuerzo. El doctor no sabia cómo empezar; la palidez del semblante y el estado del pulso de su jóven amigo le llenaban al mismo tiempo de dolor y espanto:

la muerte estaba suspendida sobre aquella cabeza tan joven y hermosa.

—Está usted mui abatido hoi, amigo mio, murmuró el doctor: ¿no ha dormido usted acaso?

—Desde que murió mi adorada Julia, contestó tristemente el joven, ha huido el sueño de mis párpados.

—No se cuida usted: anoche creo haber oido los sonidos de una flauta. ¿Seria usted por ventura?

—Sí, señor.

—Pero eso le mata a usted... Lo mas singular es que me pareció oir el acompañamiento de un arpa... Mas, ¿qué veo? ¿se turba usted?

—¿Yo?... nó... señor... pero aun cuando asi fuese...

—Hablemos claro, amigo mio: aquí hai un misterio que yo quisiera penetrar.

—Pues bien, sí, señor; hai un misterio, pero no puedo revelarlo a nadie.

—Está bien.

Y como hablando consigo mismo, añadió: ¡Jamás hubiera creido que la olvidase tan pronto!...

—¿Qué dice usted! exclamó el joven.

—Digo, contestó el doctor con severo tono, que se me hace increíble el que haya usted olvidado a Julia.

—Pero, ¿quién le ha dicho a usted?... ¿de dónde le ha venido a usted semejante idea?

—He oido anoche distintamente el acompañamiento de un arpa, cuando usted tocaba la sonata favorita de Julia. ¿Quién sino una mujer puede ser esta acompañante nocturna?

—¿Quién? Va a creer usted que le engaño, y sin embargo es la pura verdad. Todas las noches al llegar a cierto pasaje de la sonata, empieza el arpa a resonar como cuando la pulsaban los tiernos dedos de Julia. El cielo, apiadado de mis dolores, permite a su espíritu que venga a consolar a su desventurado esposo.

—Amigo mio, no quisiera ofender a usted, pero semejante historia es absolutamente inverosímil.

—Luego, ¿no lo cree usted?

—Soi franco: nó, señor.

—¿Pues bien! Esta noche me acompañará usted al pabellon. ¿Conviene usted en ello?

—Sin duda.

Pocos momentos despues rodaba la berlina del doctor por el camino de Milan, y al anochecer de aquel dia estaba de vuelta en *Como*. Encontró a Cárlos en un estado tal de abatimiento, que le propuso diferir hasta otro dia la visita al pabellon; pero el jóven insistió en su anterior propósito.

—¿Acaso sé yo si me queda todavia un dia de vida? le dijo tristemente. Nó, amigo mio; iremos esta noche misma.

A la hora acostumbrada se dirijieron ambos amigos al jardin. Al entrar en el pabellon notó el doctor que todo estaba colocado como en vida de Julia. Aun se encontraban sobre un pequeño velador que habia en el centro, los libros que Julia preferia, llenos de señales puestas por su mano: en uno de los ángulos de la habitacion veíase el arpa cubierta con un delgado velo de gasa, como durante la vida de la jóven artista, y la única variacion que se notaba era que en vez de las flores recientemente cortadas, que a un tiempo adornaban y embalsamaban aquel su retiro favorito mientras ella le habitó, se veia ahora en los jarrones que las contenian, los restos marchitos de los últimos ramilletes que talvez ella misma colocara.

Descubrió Cárlos respetuosamente el arpa, y sacando su flauta comenzó a modular aquel tiernísimo prelude que habia oido el doctor la noche anterior. Seguia éste con ansiosa vista los movimientos de su jóven amigo, y un terror involuntario comenzaba a apoderarse de él. Entre tanto continuábase oyendo la flauta, a la cual la agitacion febril de que era presa el jóven hacia resonar de un modo extraño y como sobrenatural.

¡Mas! ¡Oh prodijio! Al llegar al pasaje de la sonata en que habia un acompañamiento obligado de arpa, empezó a resonar débilmente aquel instrumento, y al cabo de algunos segundos, sus cuerdas, como pulsadas por una mano invisible, resonaron con el mayor vigor y claridad. El doctor, con la boca entreabierto y los ojos desencajados de espanto, enjugaba con mano trémula el copioso sudor que bañaba su frente venerable, mientras que el moribundo jóven animaba, por decirlo asi, con el último soplo de su vida el melodioso instrumento. Acababa la sonata en la flauta con una nota fuerte y prolongada, cuyo sonido se iba debilitando gradualmente hasta acabarse, y en el arpa con un acorde sonoro, que hacia resonar todo su diapason. Al espirar el sonido de la flauta, rompióse ruidosamente casi toda la encordadura del arpa, exhalándose del pecho del moribundo artista un grito desgarrador.

—¡Oh! ¡ya no volverá! ¡Aguárdame, Julia! ¡ya... te... sigo!

Dió el doctor maquinalmente un paso hacia el arpa, pero volviéndose de repente se precipitó sobre su desgraciado amigo. Estaba medio tendido en el sillón, en la mas completa inmovilidad, y con los ojos abiertos y fijos en la ventana del pabellón. Pulsóle el doctor; aplicóle a la nariz un pomito espirituoso que llevaba consigo; removióle en todos sentidos; llamóle con los nombres mas cariñosos...

¡Vanos esfuerzos! ¡El desventurado habia ido a reunirse con su adorada Julia!

LAS ALAS PERDIDAS.

I.

Era tan bella Maria
Y su faz tan placentera,
Que al verla se la creia
Una imposible quimera
De la loca fantasía.

De sus ojos luz brotaba,
Luz de amor que el alma toca;
Perlas por dientes mostraba,
Perlas finas que encerraba
En el coral de su boca.

Y era tan pura su frente,
Su rostro tan delicado,
Su espresion tan inocente,
Que la llamaba la jente
Al verla, *el ángel alado*.

Todos viéndola asomar
La miraban con tesón,
Diciendo siempre al pasar:
Mejor que en un corazón
Estaría en un altar.

Félix la amó, y ella pura
Decía a Félix llorosa:
— Tu amor causa mi ventura,
Pero tu primer locura
Me hará ser ménos dichosa.